

y le despojaron con este acto brutal de todo su prestigio, indudable base del poder. La más popular entre todas las romanas magistraturas quedaba herida en estas extraordinarias circunstancias por la mano misma del pueblo. Tamaño error debía ser caramente pagado. Tiberio Graco nombró individuos de su propia familia para coasociarlos al tribunado; y esto en tal modo llegó á sublevar la conciencia pública de los patricios, que habiendo pedido Graco los necesarios recursos para instalar los nuevos magistrados en las viejas magistraturas, negáronle todo recurso los senadores airados.

Sucedió entonces lo que sucede siempre, por una regla general, en todas las revoluciones. Los agraviados sintieron mucho su agravio, los favorecidos sintieron poco su favor. Elevándose la repartición de tierras á unos tres siglos atrás, las ventas, las donaciones, los trasposos á títulos onerosos, la prescripción, finalmente, concluyeron por dar á los acaparamientos íntimos y profundos caracteres de verdadera propiedad. Por su parte los favorecidos apenas recibían alivio ninguno, necesitada la tierra en Roma ya del extenso cultivo, posible tan sólo á los grandes y poderosos propietarios. Necesitaba para mantenerse proponer leyes nuevas, y las propuso de carácter político solamente, cuales eran la rebaja del servicio militar, el aumento de los sena-

dores por sumas de caballeros y la confirmación por el pueblo de las sentencias dadas por el Senado. Además, como un rey de Pérgamo hubiese legado sus bienes al pueblo rey, Tiberio Graco propuso que se repartiera esta herencia entre los ciudadanos á quienes se les habían atribuído las nuevas tierras, para que pudiesen adquirir instrumentos de labor y comenzar el cultivo. Pero ya el desengaño comenzaba en aquellos minutos supremos á extenderse por todas partes. El Senado había difundido noticia bien extraña, la noticia de haberse quedado Tiberio con la púrpura del rey Atalo y la diadema para ceñirse aquélla á sus hombros y á su sien ésta. Tal calumnia comenzó á obrar en el ánimo de la plebe, despegada ya un tanto de su amado tribuno. Adolecía éste de una perplejidad incurable. Para llevar adelante las medidas revolucionarias necesitaba de medios revolucionarios también. La dictadura plebeya era lo único, en verdad, que pudiera sacarle del abismo en algún modo. Pero falto de idea ó falto de audacia para tal intento, redújose á pedir la reelección de su cargo. Era el día de tal batalla. Presente á los comicios Tiberio, como se armara gran tumulto, llevóse la mano á la cabeza indicando tan sólo que corría la cabeza peligro. Sus enemigos, dispuestos á trastocarlo todo, anunciaron que

con aquel ademán pedía la diadema para su frente. Entonces el Senado mandó á los cónsules que apresaran al tribuno. Escévola, el cónsul, respondió que no le autorizaban las leyes á poner mano sobre hombre alguno sino después de á él entregado por juicio solemne. Al oír esto Nasica se cubrió la cabeza con la toga, y diciendo que la república se veía de sus naturales amparadores desamparada, concitó á sus partidarios para que le siguieran al Capitolio, donde por aquella sazón campeaba el tribuno, y se tomasen la justicia por su propia mano. Los ricos, los nobles, los potentados, que constituían el gran partido reaccionario, secundados por sus siervos y por sus clientes, formaban, á la verdad, un ejército, contra el cual parecía difícil toda resistencia.

Mal día para Graco. Reelecto por los comicios ó muerto: tal era su angustiosa situación. No se oía por todas partes otra cosa sino que Tiberio deseaba ser rey. Así, de un lado el empuje soberano é irresistible y de otro lado la muelle resistencia. En los ojos del patricio veíase relampaguear el furor, y en los ojos del plebeyo veíase la conformidad ó la resignación. Tiberio no había nacido para dirigir las grandes revoluciones. Amaba mucho las ideas revolucionarias, pero como pudiera un filósofo en su aula y no un combatiente de verdadero empuje y

de valor verdadero en el tribunado, en el comicio, en la revolución. Después de haber cometido un acto de suyo tan ilegal como la deposición del cónsul Octavio, estaba quizás obligado á mantenerse por fuerza en la ilegalidad, y á pesar de tal obligación quería confirmaciones legales por los poderes públicos y por las instituciones vigentes á sus propósitos revolucionarios. El Senado sabía dónde iba, él no lo sabía con tanta certeza. Las curias, ó sean los comicios senatoriales, alcanzaban una poderosa organización; y las tribus, ó sean los comicios populares, yacían todas ellas en espantable caos. En vez de atacar, Tiberio aguardó el ataque. Él no se decidió á ir y arremeter con el Senado, pero el Senado se decidió á ir y arremeter con él. Vese aquí, en el mayor de sus hijos, la misma incertidumbre notada en Cornelia, quien se decidía, más que por los medios violentos y por las medidas extremas, por los medios conciliadores y por las transacciones prudentes. Cuando Nasica y los feroces patricios, ebrios de odio, arremetieron á una con Graco, éste solamente pensó en huir. Huyendo á todo correr, tropezó y cayó. Ya en el suelo, acercóse á él un partidario de la nobleza y le asestó golpe tal á la sien que lo dejara súbitamente muerto y rematado. Frente á un templo como el de la Fidelidad, al pie de las estatuas de los reyes, acabó aquel

hombre, tan poseído por los más altos sentimientos de caridad y consagrado á la defensa del pueblo. Trescientos de sus partidarios murieron á violencia, y ninguno llevaba consigo armas para defenderse. Inútilmente pidió la infeliz Cornelia que le dieran el cadáver de su hijo para mezclar sus cenizas con las cenizas de los ilustres abuelos. Cayo Graco, el hijo menor, mozo de veinte años y asociado á la obra de Tiberio, anduvo de barrio en barrio y de puerta en puerta requiriendo el cadáver de su hermano mayor. Nadie le hizo caso, porque sus partidarios más ardientes habían muerto con él y sus partidarios más tibios habíanse huído, víctimas todos á una del terror universal. Los cuerpos de tantos mártires cayeron al Tíber arrojados por las venganzas patricias y nunca el río acertó á devolverlos. Una reacción por tal modo intensa dominó los ánimos entonces, que hasta los parientes del pobre mártir Tiberio se recataban de recordar su parentesco. Cuando Cayo entró en el hogar sin los despojos siquiera de su hermano, y vió á la madre idolatrada presa de un dolor más terrible que todos los estertores y agonías de la muerte, levantó los brazos al cielo, invocó los númenes de su familia y juró con toda solemnidad una suprema é irrevocable venganza.

Cornelia empezó aquí, en este momento, á ser

madre verdadera, posponiendo la gloria de su hijo Cayo á su existencia, sin la cual apenas podía la infeliz vivir. En los fragmentos de sus cartas, que nos ha conservado Cornelio Nepote, y hasta en los discursos de su hijo, que menciona Cicerón, descúbrese ya las naturales y necesarias sobreposiciones en el amor á Roma del amor de madre. Cornelia se muestra muy desengañada. Cree á Cayo tan capaz de un sacrificio por la república y por la patria como al mismo Tiberio; pero cree también inútil este sacrificio, sangre á los aires enviada, llama tenue y desvanecida. En su desesperación de todo adelanto, en su incurable certeza de males próximos é irremediables, descúbrese cuán profunda herida la muerte de su hijo le abriera en el corazón, y cómo, de recomenzar la historia, lo escudara con su pecho contra todo asalto de las pasiones patrióticas y contra toda obsesión de un pensamiento político. Mas no pudiendo resucitar á Tiberio Graco intentó retener á Cayo Graco. Éste con su hermano se identificaba y confundía en las tenaces aspiraciones al mejoramiento popular; pero de su hermano se diferenciaba en lo enérgico de su palabra y en lo firme de su voluntad. Las incertidumbres y perplejidades naturalísimas en Tiberio, la ondulación de aquellas sus ideas vagas é indefinidas siempre ó por lo menos contradictorias, el armonio-

so lenguaje casi heleno acompasado como un hexámetro ateniense, todas las cualidades propias del mayor, quedan reemplazadas por un esfuerzo máximo, por una idea fija, por un propósito incontrastable, por mayores conocimientos de las fuerzas á emplear y de los obstáculos á vencer. Con poco empeño hiciera Cornelia de su hijo mayor un artista ó un filósofo, pero necesitaba contrariar mucho la naturaleza del hijo menor para divertirla y separarla del combate. Los patricios habían destruído á su hermano, pero no la obra de su hermano. El repartimiento de las tierras, tan peligroso y difícil, encontraba una sanción suprema en el martirio de su autor, como una especie de numen supremo é inspiración en su pensamiento realzado por la muerte. Los que creen exterminar ideas exterminando frágiles y fugaces personas, que nacieron para mantenerlas y propagarlas, ignoran completamente la historia. El sacro altar de los holocaustos aviva las ideas, como el calor de los soles aviva los seres. Quizá fuera fácil y hacedero al patriciado concluir la idea de Tiberio, como se concluye siempre, siquier por breve tiempo, con las ideas nuevas, de suyo muy frágiles y muy expuestas al hielo de toda realidad fría y en desproporción manifiesta con las grandezas y con las alturas del pensamiento. Pero, muerto Tiberio, del martirio suyo

extrajo vida su idea, como dicen las religiones divinas y espiritualistas que del cuerpo deshecho y podrido, presa de los gusanos, el alma se levanta y vuela con alas tales que pueden subirla de un solo impulso á lo infinito.

Cornelia hubiera podido, indudablemente, detener la brava é intensa voluntad del hijo segundo y apartarlo de la política, si no quisiera Cayo siempre la venganza de su hermano, que le obsesionaba de continuo. Cornelia no hacía más que preguntar al más joven de sus hijos, lazo de su sér con la vida y con el mundo, á qué lección se instruirían los suyos del mal reservado por el cielo al titánico intento, y á qué hora sufrirían una detención en su carrera vertiginosa é indeclinable hacia la ruina. De verdadero delirio calificaba todos los propósitos abrigados por Cayo respecto del hermano mayor y de la continuación en su obra. Cornelia no veía más que perturbaciones sin fruto, y, por consecuencia, le rogaba no amargase la vejez tristísima suya con nuevas revueltas, y si tanto le iba en remover la república y alterarla en sus cimientos, lo dejase para después de su muerte. Desde la tumba podría ella callarse, aunque su hijo cohonestase con plegarias é invocaciones á su madre proyectos y procedimientos de su madre reprobados. Cayo, que había

recibido en herencia de su hermano el culto á la idea social y el culto á la madre común, cuanto menos la obedecía en su empeño de retenerlo tranquilo más la llamaba su divinidad y su numen. Pero argüíale Cornelia con razón que si por divinidad la tomaba ¿cómo no la obedecía? Y si no la obedecía ¿cómo la llamaba su madre? Defendíase Cayo del consejo materno y abonaba su invencible resistencia con el recuerdo y la sombra de su hermano. Cuando entraba en el hogar suyo y lo veía desierto; cuando iba después al hogar paterno y lo encontraba ocupado por una viuda llorosa y herida sin piedad en su hijo mayor; cuando aquel hermano, que por un segundo padre tuviera siempre y como á un segundo padre siempre respetara, se había del mundo ausentado al empuje de la traición, parecíale indigno de su nombre, y de su prosapia, y de su gente, conformarse con tales injusticias y aceptar tales dolores humilde y resignado sin aspiración y sin deseo de venganza. En la claridad y en el relieve de las civilizaciones antiguas no caben de ningún modo, ni pueden caber, las sombrías supersticiones del monomaniaco sublime, que se llama en la literatura universal Hamlet, y que va tristemente vagando por las tinieblas de su cielo sumergido en las tinieblas de su alma. Pero así como á Hamlet

le atenacea el corazón un pensamiento de suyo tan sombrío cual aquella venganza implacable que debía ofrecer á los manes del inmolado padre, Cayo suspira en palabras clarísimas como su idea entre los resplandores de las estrellas y los resplandores de las inspiraciones que iluminan el cielo de los pueblos clásicos, por vengar terriblemente á su hermano.

En cuanto llegó Cayo á la madurez completa de su poder y de su influjo nombró la comisión directiva de las distribuciones territoriales, tal como se disponía en los códigos promulgados por el partido y el gobierno de su hermano. Esta comisión tuvo que remover muchos intereses y que registrar muchos archivos para cumplir su cometido espinoso del despojo de unos y del enriquecimiento de otros. Innumerables injusticias habían de cometerse por fuerza en aquellas disposiciones revolucionarias, movidas, más que por la justicia, por la violencia. Criado el hombre con deseos tan vivos, á los cuales presta la realidad satisfacciones tan mezquinas, la impaciencia por adquirirlo todo en unos y el temor en otros á perderlo todo trajeron discusiones, las cuales apestaron el espíritu público de una discordia permanente y enflaquecieron el Estado aquel, necesitadísimo, como todos los Estados libres, del concurso universal y activo

y continuo de todos sus ciudadanos. Las disposiciones contra la facultad antigua de adquirir empobrecieron á los nobles y no prosperaron á los plebeyos. Los desposeídos perdieron mucho y los recompensados poco ganaron. Aunque se creaban colonias para ir expeliendo el exceso de población romana, resistíanse las gentes á poblarlas, porque hasta los más humildes preferían pretender y desear dentro de su ciudad á poseer fuera. El mal peor de las reformas sociales fué aquel incendio de odios atizado en el noble, sin que igual amor, compensando las pasiones contrarias, naciera en los plebeyos. El patriciado se ofendió en términos de importarle poco arrastrar consigo á la sima por donde se precipitaban ellos la libertad y la república. Así, como dice Maquiavelo, debe alabarse mucho en los Gracos antes el propósito que la previsión. Dificilmente, muy difícilmente se curan los males inveterados con desórdenes crónicos y violencias excesivas. Enfermedades que los siglos han causado y traído, no se curan de ningún modo con la brevedad fugaz de un rapidísimo remedio. El tiempo sirve tanto para crear como para destruir.

Entre la nobleza y la plebe había un partido intermedio, ya lo hemos recordado. Sin este partido, que pasando de izquierda continuamente á derecha,

y viceversa, llevaba consigo la victoria, nunca se lograran las leyes de los Gracos. Al poco tiempo de iniciar Cayo su política personal extremáronse las quejas, y entre las extremadas, ningunas tan fuertes como las emitidas por las colonias romanas. Escipión Emiliano las tuvo muy en cuenta, receloso de que una desavenencia con tal gente dañase á Roma con daño máximo. Y sin aparentar la enemiga implacable al movimiento agrario, supo abrogarlo, so color de suspenderlo, encargando las distribuciones territoriales á los cónsules enemigos de los Gracos, cuando la comisión directiva era de los Gracos partidaria. Siguióse á tal medida intensísimo descontento. En la mañana de cierto día consagrado á validar más y más esta reacción agraria, su autor Emiliano apareció muerto en la cama. Con cincuenta y seis años de vida, salud juvenil, ánimo alegre, nadie achacaba la muerte de tal hombre á un decreto de la naturaleza, todos á una en ella veían el desahogo y la venganza de un partido. El día precedente á desventura tal habló en las asambleas romanas, indicando las tramas que se le movían y los golpes que le amenazaban. Pero ni en los nobles por lo que tenía Escipión de popular, ni en los plebeyos por lo que tenía de patricio, hubo interés por averiguar la causa ocasional de tanto crimen. Parece imposible que pudiera morir un patricio en su cama

de un modo misteriosísimo é ignorarse las causas y los agentes ocasionales de su muerte. El silencio sólo sirvió á la murmuración y á la sospecha. Hermano político de los reformadores, el parentesco agravó el horror. Decíase que su propia esposa, la hija de Cornelia, la hermana de Cayo, no había vertido una sola lágrima. Escipión tuvo la fortuna de impeler la reforma y detenerla con sus actos, haciéndola y moderándola, merced á lo cual supo establecerla primero y después conservarla, ministerio pocas veces visto en la historia, indudablemente á causa de los implacables rigores que guarda, como la misma naturaleza, la humana sociedad.

El odio, por la triste muerte del valeroso Escipión excitado contra los Gracos, al fin y la postre, sirvió tan sólo para que sus partidarios llegasen á intensa exacerbación de afectos y á temeridades continuas de palabra. Cayo mismo, tan ducho en el obrar como en el decir maestro, aguzó las cualidades múltiples de gran discutidor y estadista que había en él para defenderse á sí mismo y desconcertar á sus enemigos. Éstos le perdonaban tanto menos cuanto más resplandecía su calidad. Para optar á la cuestura pedíanse diez campañas, y á él reclamáronle doce los patricios. Todo cuestor ascendía con sólo un año de servicios. Tres le impusieron á Cayo. Otros habían satisfecho pasiones

personales en la vida; él sólo satisfizo la pasión por el pueblo. No hubo ni mujeres en su lecho ni festines en su mesa. Los jóvenes y los niños le infundían respeto igual que los ancianos. Allegaban todos los gobernadores en sus gobiernos dinero, y Cayo lo repartía. Los cintos, que sacara de Roma repletos, devolvíalos á Roma vacíos. ¡Qué diferencia de aquéllos, acostumbrados á llevar á provincias las ánforas llenas de vino y traerlas llenas de oro! Sin embargo, á tantas virtudes y á tantos servicios la sociedad contestó con crueles rigores. Noble, los enemigos habían extirpado su raza. Un hermano tenía en el mundo, á quien amaba con delirio, y lo habían perseguido, acosado, muerto, cual si sus bondades merecieran el castigo que se da por sus instintos crueles á las fieras. Escipión Africano, que destruyó Cartago con su generalísimo Aníbal, no contaba en Roma otro vástago que Graco, y las envidias tendían á segarle. Por eso ánimo tan varonil soñaba con tan implacable venganza. La madre, la previsora madre, inspirada por sus adivinaciones maternas, anunciábale un fin idéntico al de su hermano, y le decía cómo conviene satisfacer esas pasiones cuando hay seguridad completa de no malherir á la patria. Pero si, al vengarse, moría Roma, ¿qué lauro estaba en el caso de prometerse, ni qué satisfacción granjearse?